

Redes de pasión

Raquel Antúnez



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#RedesDePasion

Colección: Tombooktu Romance
www.romance.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Redes de pasión*

Autor: © Raquel Antúnez

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño de cubierta: Santiago Bringas

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2016 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-15747-99-4

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-16692-15-6

ISBN Digital: 978-84-9967-380-6

Fecha de publicación: Mayo 2016

Impreso en España

Imprime: Servicecom

Depósito legal: M-10139-2016

Para Paco Mayor,
el mejor profesor de Lengua que pude tener.
Va por ti, porque sin ti probablemente
nunca me hubiera atrevido a esta locura literaria.

Life is what happens to you when you're busy making other plans.

John Lennon

Índice



Prólogo	13
Primera parte: El Asesino del Mordisco	15
Capítulo 1	17
Capítulo 2	25
Capítulo 3	29
Capítulo 4	37
Capítulo 5	41
Capítulo 6	45
Capítulo 7	51
Capítulo 8	57
Capítulo 9	61
Capítulo 10	65
Capítulo 11	67
Segunda parte: El violador del distrito 2	73
Capítulo 12	75
Capítulo 13	77
Capítulo 14	79
Capítulo 15	83
Capítulo 16	87

Capítulo 17	91
Capítulo 18	97
Capítulo 19	103
Capítulo 20	107
Capítulo 21	111
Capítulo 22	115
Capítulo 23	123
Capítulo 24	135
Capítulo 25	139
Capítulo 26	147
Tercera parte: Un solo agresor	153
Capítulo 27	155
Capítulo 28	161
Capítulo 29	167
Capítulo 30	181
Capítulo 31	187
Capítulo 32	197
Capítulo 33	205
Capítulo 34	211
Capítulo 35	217
Cuarta parte: Mordisco final	221
Capítulo 36	223
Capítulo 37	225
Capítulo 38	231
Capítulo 39	235
Capítulo 40	243
Capítulo 41	247
Capítulo 42	253
Capítulo 43	257
Capítulo 44	263
Capítulo 45	267
Capítulo 46	269

Nota de la autora



Todos los personajes y hechos que aparecen en esta novela,
así como las ciudades donde transcurre la historia,
son obra de mi imaginación.
Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Prólogo



Redes de pasión relata un caso policial desde el punto de vista de dos chicas, amigas y compañeras de trabajo en *Maze News*, un importante periódico de la ciudad donde viven: San Antonio.

En el transcurso de cada capítulo podremos ir destapando poco a poco la vida de Meritxell y de Ariadna de forma alterna, hasta que todo se mezcla y se unen las piezas necesarias para culminar la investigación que elevará el periódico a lo más alto.

Investigadores y policías cuentan con este equipo de jóvenes periodistas, a las que dejan intervenir en las pesquisas del caso de asesinatos en serie más importante de los últimos años.

Sólo puedo adelantaros que el trabajo de *Maze News* no pasará desapercibido.

Primera parte:
El Asesino del Mordisco



1



Meritxell

Intenté limpiar la gota de sangre que resbalaba labio abajo, camino de mi camiseta favorita. Sorbí el último instante de vida de Jonás y me quedé mirando sus ojos inertes, vacíos, perdidos en la noche... Mientras, la gran luna llena, que hoy parecía estar más cerca que nunca, se reflejaba en ellos. Me pareció la escena más romántica que había vivido en el último año.

El corazón me latía fuertemente, diría que estaba a punto de romper mis costillas de un momento a otro. Besé sus carnosos labios y apoyé la yema de mis dedos sobre sus párpados para que aquellos azules ojos fueran a la oscuridad por el resto de la eternidad.

Aún tenía los dedos de Jonás clavados en mis antebrazos, realmente me iban a salir unos terribles cardenales después de aquello. No pensé que me costase tanto apretar la almohada contra su rostro, imaginé que sería mucho más rápido, tal como había visto mil veces en aquellas películas de Hollywood. Tenía zarpazos por todas partes, ese capullo había logrado pegarme un buen manotazo antes de pasar a mejor vida.

Una vez se fue, no pude evitar volver a morder ese cuello que realmente me estaba haciendo enloquecer, cuya piel aterciopelada al contacto con mis labios hizo que un escalofrío recorriera

mi espina dorsal. Esto ya no le iba a doler, así que apreté hasta que pude chupar su sangre. No entendía por qué razón había hecho tal asquerosidad, sólo sé que en ese instante me pareció lo más romántico, sexi y provocativo del mundo.

—Te quiero Jonás... —le susurré al oído. Esta vez mis labios aterrizaban en su mejilla izquierda—: Nunca te olvidaré.

Empecé a llorar, consciente de que había hecho la cosa más terrible que podía haber siquiera imaginado. La sensación era tal que no podía arrepentirme, aunque quería. Hundí la cara entre mis manos, con la esperanza de que aquella escena desapareciera de repente, y de pronto me sentí feliz y radiante como una colegiala al obtener su primer beso de amor.

El nudo de mi estómago oprimía más fuerte al recordar ese segundo, ese instante, en el que dejó de respirar.

Miré a Jonás pensando qué podía hacer ahora. Acabábamos de hacer el amor y había huellas mías por toda la habitación de aquel hotel. La reserva la habíamos registrado a mi nombre, y seguro que con el ADN podían confirmar que había sido yo más rápido que un estornudo en primavera.

Hacía tan sólo dos semanas que había conocido a aquel chico tan risueño, cuando se atrevió a acercarse a mí en la playa. Yo no quería matarlo... ni siquiera quería conocerlo... pero se acercó, se presentó y me robó el corazón, me lo arrebató sin previo aviso y se lo llevó para siempre con su último halo de vida.

Al bajar la cabeza pude observar que mi camiseta favorita estaba hecha un trapo, estirajada y rota.

—¡Joder! ¡Maldito capullo!

*

Desperté con sudores fríos, no recordaba haber tenido un sueño tan extraño en mi vida. Aún sentía el nudo en el estómago, como un pellizco muy fuerte que me apretaba y me cortaba el aliento. Tuve que incorporarme y mirar a mi alrededor. ¿Estoy en casa? Sí, creo que sí.

Apoyé la mano en el lado izquierdo de la cama. Allí estaba Víctor dormido como un tronco, con su leve respiración acariciando el silencio de la oscuridad, como había ocurrido todas

y cada una de las noches que habíamos pasado juntos los diez últimos años.

Volví a recostarme aunque ya no pude pegar ojo, juraría tener un leve sabor a sangre en la boca, y en mi nariz un perfume que estaba segura de no haber olido nunca antes. A mi corazón le costó serenarse de ese salvaje sueño que acababa de vivir y que me había parecido tan real. Cuando por fin cerré los ojos, sonó el dichoso despertador.

Como cada mañana, lo primero que hice fue encender la cafetera que había dejado preparada la noche anterior y me apresuré a meterme en la ducha. En apenas diez minutos sonaría el despertador de mi esposo y entonces ya podría despedirme del cuarto de baño.

Le di mil vueltas con la cuchara a aquella humeante taza, el aroma que desprendía ya lograba espabilarme algo. Casi sentía dolor en los antebrazos y los examiné en busca de cardenales, marcas... algo que me dijera que aquella pesadilla había sido real. Pero allí no había nada, simplemente el rastro de una tensión muy fuerte que debí acumular mientras soñaba.

Víctor pasó a mi lado sonriente y me dio una palmada en el trasero, como cada mañana, y rozó mis labios con los suyos antes de ponerse a cotorrear. ¡Dios! ¿Después de diez años todavía no se había enterado de que yo no podía escuchar ningún sonido humano hasta después de las ocho de la mañana? Me limité a asentir mientras apuraba los restos de mi café.

Rápidamente planché mi vestido gris; como siempre, ya llegaba tarde a la oficina. Hoy sin falta tenía que ponerme con el reportaje del Asesino del Mordisco. Odiaba escribir sobre asesinatos, odiaba esa sección que mi jefe, Miguel Suárez, me había otorgado como un gran premio... No me dejaba conciliar el sueño.

Hoy necesitaba elevar mi autoestima, así que después de ponerme dos capas de maquillaje, cogí la última caja de zapatos de la fila: unos tremendos tacones de doce centímetros de color violeta, a juego con mis pendientes y mis pulseras favoritas, serían la combinación perfecta para arreglar mi mal despertar.

Mientras salía del garaje con mi BMW Z3 de color azul, que había sido mi sueño durante los dos últimos años de trabajo

hasta que por fin conseguí comprarlo, me di cuenta de que necesitaba otro café urgentemente. El desvelo me iba a pasar factura, sin duda alguna.

Paré un par de manzanas antes de llegar a la oficina, para tomarme una última dosis de cafeína en mi lugar favorito: Sweet Café.

Virginia vio como me acercaba y juraría que ya le había pedido la comanda a Roberto para que me fuera sirviendo mi doble capuchino de «he-tenido-un-despertar-horrible» y mi donut relleno de crema. Este nuevo puesto de trabajo ya me había hecho aumentar una talla en el último año, y había pasado de mi espectacular treinta y ocho a llenar completamente una talla cuarenta. Mi culo se veía más voluminoso, pero Víctor parecía más contento desde entonces, supuse que debido a que por fin había logrado llenar una copa noventa y cinco de pecho.

Sonreí por primera vez en la mañana al oír unos tremendos piropos que Roberto había incluido en el menú.

—¿Qué le ocurre a la bella Meritxell esta mañana? —le oí decir por último a Roberto, al mismo tiempo que Virginia lo servía todo antes de que pudiera apoyar el trasero en mi butaca favorita, frente a la barra.

—Gracias, guapísima —le susurré a Virginia—: Pues verás —me dirigí esta vez a aquel cuarentón que me sonreía últimamente demasiadas mañanas (teniendo en cuenta que en un principio sólo acudía a aquella cafetería cuando no me sentía con ánimos)—, creo que anoche me pasó un tractor por encima mientras dormía. No estoy segura, no pude verlo, pero estaría dispuesta a jurarlo. —Roberto soltó una gran carcajada y me hizo sonreír.

—Anda, exagerada. —Se acercó y extendió hasta mi plato un bombón de chocolate—. Invita la casa, es el mejor calmante que conozco. —Me guiñó un ojo y se dio la vuelta, perdiéndose por la puerta que conducía a lo que sin duda alguna era la cocina, el sitio de Roberto, donde pasaba más de doce horas diarias.

—Umm —oí refunfuñar a Virginia—, a mí nunca me hace esos regalos —dijo bien alto para que lo oyera Roberto, su esposo, y me guiñó un ojo.

Hacían una entrañable pareja, eran muy amables. Él era algo gordete, muy alto, y acudía a la cafetería perfectamente

afeitado cada mañana. Virginia parecía mucho más joven que él, quizá tenía unos treinta y cinco años, de larga melena pelirroja, que siempre llevaba bien recogida en una cola de caballo. Tenía unos grandes ojos de color miel, y esos hoyuelos que se le formaban al sonreír hacían que resultara más encantadora aún.

Levanté la cabeza y vi entrar a Ariadna por la puerta, diría que su despertar había sido aún peor que el mío, aunque logré adivinar una pequeña sonrisa mientras se acercaba a mí.

—¡Cielos, Ariadna! ¿Estás bien? ¿Ocurre algo? ¡Estás horrible!

—Yo también te quiero, preciosa —me dijo, tras lo cual estampó un beso en mi mejilla y me robó un mordisco del donut relleno. Estuve a punto de fulminarla con la mirada.

—Siéntate, anda. ¿Has pasado mala noche?

—¿Mala? ¡Mala! ¡¡No había pasado mejor noche en mi vida!! —dijo con una risotada.

Ariadna tenía treinta años, igual que yo, pero a veces olvidaba que su vida era algo más emocionante que la mía. Hacía lo que quería, cuando se le antojaba y con quien le apetecía. Sonreí al preguntarle:

—Cuéntame, arpía. ¿En qué clase de orgía estuviste ayer?

—Soltó otra risotada. Reía demasiado mis bromas, realmente me había equivocado. Ella tenía muy, muy, muy buen día.

—Anoche tuve un «mano a mano» a vino y ostras con Gonzalo. —Se sonrojó al recordarlo y soltó otra carcajada para zanjar el tema. Sonreí con ella, hacía dos semanas que conocía a Gonzalo, pero parecía que este ligue le estaba durando algo más que el resto—. ¿Qué tal tú, cielo? Veo que Roberto no ha dudado en servirme esta mañana el menú extra de «despertar horrible» —dijo señalando el envoltorio del bombón que acababa de zamparme—. Luego te quejarás de que ese culo sigue creciendo —dijo, dándome una palmada en la parte del trasero que sobresalía del taburete, haciéndome enfurruñar.

—¡Dios, niña! ¡Cierra esa boca! —oí gritar a Roberto, que salía de la cocina con una bandeja de sándwiches recién hechos para ponerlos en el mostrador—. Mi desayuno es el único de toda la ciudad que logra arrebatarme una sonrisa de esos labios cuando están así de apretados.

—Eso es cierto —dije a su favor. Siempre lograba hacerme reír un poquito.

Odiaba cuando Roberto y Virginia se iban de vacaciones porque me sentía perdida. Desde que trabajaba en *Maze News*, pasaba por aquella cafetería al menos tres veces a la semana y, en el último año, había parado casi a diario de camino a la oficina.

Ariadna vio los enormes sándwiches rellenos de aquella pasta deliciosa que preparaba Roberto y dejó de escuchar toda conversación. Sus ojos verdes se le salían de las órbitas.

—¡Por favor, Roberto! ¡No me hagas rogarte uno de esos!

Roberto rio y le sirvió uno en un plato a mi amiga y compañera de trabajo, mientras Virginia ya preparaba su doble expreso con leche condensada.

—Tuve una noche horrible —le dije una vez había dado un par de mordiscos a su desayuno, cuando estaba segura de que me escuchaba de nuevo—. Tuve un sueño espantoso.

—¿Qué clase de sueño? —dijo con la boca llena.

—No sé, muy raro. Salía un chico muy joven y...

—Ummm, ¿un chico? ¡Pervertida!

—¡Ariadna! ¡Que no es eso! —Le di una palmadita en el brazo para que me dejara continuar—. Lo raro no es que acabara de tener sexo del bueno con ese chico —dije ruborizándome—, sino que después de hacerlo había cogido una almohada y lo había asfixiado. —Ariadna abrió los ojos como platos, tan expresiva como siempre, y masticaba sin parar—. No contenta con ello, una vez le quité la almohada de la cara, mordí su cuello hasta que sangró... ¡Qué asco!

Mi amiga estuvo a punto de atragantarse con las risas.

—Meritxell, ¡vampira! —dijo, con la boca aún llena de comida.

—¡Ariadna! Odio que hables con la boca llena —dije yo, con la mía no menos vacía, pues acababa de dar cuenta de mi último trozo de donut. Ambas reímos—. La verdad es que es una tontería, pero fue tan real que cuando me desperté me sentía perdida. La angustia me comprimía el pecho y el corazón iba a salirse de su sitio... me costó tranquilizarme y ya no pude conciliar el sueño.

—Pobre Meritxell —dijo Ariadna acariciando mi pelo, como si consolase a una niña asustada—. Necesita tanta emoción en su

vida que no puede evitar soñar con jugar a vampiritos con tal de agenciarse un auténtico guaperas.

—No entiendes nada —refunfuñé pensativa.

Se me había puesto la piel de gallina al recordar la pesadilla. Aún lo veía todo muy nítido en mi cabeza. Aquel chico no podía tener más de veintiséis años, su tez era demasiado pálida para mi gusto, pero esos tremendos ojos azules quitaban el sentido. Su pecho y sus brazos estaban curtidos por algunas horas diarias de gimnasio, que eran evidentes a través de su camiseta. ¡Pero de dónde habría sacado yo tremenda imagen! Y lo peor, ¡cómo conseguiría que se borrara de mi cabeza si tan sólo había sido un sueño! Ariadna carcajeaba de nuevo.

—Si al final resulta que te lo pasaste incluso mejor que yo anoche, ¿quieres dejar de ruborizarte como una adolescente embobada?

Sacudí la cabeza y me puse en pie mientras le dejaba un billete de diez euros a Roberto para pagar nuestro desayuno. ¡Se había hecho demasiado tarde! Hacía al menos media hora que debería estar tecleando mi último reportaje.

2



Ariadna

Salí huyendo hacia el lavabo, apenas llevaba mis braguitas de encaje de color negro y le había tomado prestada a Gonzalo su camiseta favorita que se había dejado olvidada una de las últimas noches que había pasado por casa. Adoraba esa camiseta, se la había traído expresamente su mejor amigo de un viaje a Londres. Eso era todo, o casi todo, lo que sabía de él..., ah, y también que me estaba volviendo loca por sus huesos.

No recordaba cómo había conocido a aquel chico, apenas recordaba si me podía mantener en pie después de al menos ocho copas que mi hígado se resistía a filtrar. Sólo recordaba unos labios seductores que me sonreían y me decían «hola». Apenas dos horas después me había llevado a aquel completo desconocido a mi casa, a mi cama... de eso hacía ya dos semanas e, increíble pero cierto, aún tenía ganas de pasar tiempo junto a él. Me parecía una persona misteriosa, inteligente y atractiva.

Gonzalo me estaba lanzando almohadas desde su lado de la cama. Escondí mi cuerpo tras la puerta del cuarto de baño que se encontraba en mi dormitorio, asomando la cabeza para hacerle muecas. Me quedé un rato observándolo, cada día me resultaba más guapo.

Su tez estaba curtida por el sol, debido al muy buen tiempo que nos había acompañado el último año. No era exactamente el estilo de chico en el que siempre había pensado, pero sus blancos dientes en aquellos carnosos labios me hacían estremecer. Tenía los ojos más espléndidos que hubiera visto nunca, de un color negro azabache, al igual que su pelo, que llevaba corto y de punta. Parecía uno de esos chicos de anuncio de ropa interior, con una barba de unos dos o tres días que realmente le hacía parecer un gran seductor.

Su cuerpo no estaba musculado, pero no le sobraba un gramo de grasa por ninguna parte, cuestión que me asombraba por la forma exagerada que tenía de comer.

Recordé su pose al tocar el timbre anoche en la puerta de casa. Apoyado en la pared, con aires chulescos y un pie cruzado por delante. Traía una gran bolsa con comida y una rosa de color rojo, a juego con su corbata. En un vistazo pude darme cuenta de que se había vestido demasiado elegante para una simple cena en casa. Camisa y pantalones de color negro, perfectamente planchados. Zapatos negros, completamente brillantes, podría jurar que acababa de comprarlos. Todo ello me hizo sentir algo de vergüenza, pues yo me había vestido mucho más informal, con unos vaqueros y un top sin tirantes, casualmente también de color rojo, al igual que mis zapatos con tacón alto que había elegido correctamente, un toque ideal para el conjuntito que llevaba puesto, aunque cuando nos sentamos a cenar ya andaba descalza por todo el parque de mi piso.

Gonzalo era un fantástico cocinero, demasiado glamuroso para mí que apenas sabía cocinar unos espaguetis y algún que otro plato igual de sencillo. Se había ofrecido a prepararme la cena esa noche y me dijo que lo dejase todo en sus manos. Se decidió por unas ostras y un delicioso vino, con una amplia gama de entremeses para acompañar.

El vino me hizo entrar en calor rápidamente y reía sin parar, derritiéndome en su compañía. Realmente Gonzalo me gustaba, me había seducido y había eliminado por completo las ganas de salir huyendo que solían poseerme la mayor parte de las ocasiones durante la segunda o tercera cita que tenía con algún chico.

Era un hombre muy dulce, sus besos eran tiernos y ardientes, su lengua entraba en mi boca haciéndome sentir más calor del que había sentido nunca. Podría haber hecho conmigo lo que quisiera y yo no hubiera conseguido resistirme a él. Me abrazaba de forma cariñosa, haciéndome oler aquel perfume que estaba a punto de desquiciarme. Poco a poco recorría toda mi cara y mi cuello con pequeños besos. Cada roce con su cuerpo me quemaba, y sus dedos entrelazados con mi cabello me ponían la piel de gallina.

Después de cenar, Gonzalo se puso de pie frente a mí, me abrazó haciéndome rodear su cuerpo con mis piernas y me llevó camino a mi dormitorio donde, una noche más, me hizo el amor.

Acababa de pedirle que me preparara el desayuno mientras me daba la vuelta para seguir durmiendo. Él se echó a reír y me ofreció como respuesta un gran ataque de cosquillas.

—¡Pero qué te has creído! —Reía sin parar, mientras me agarraba muy fuerte y me daba suaves mordiscos por la espalda—. No soy tu criado.

Me escapé de sus brazos con una sonrisa en los labios, esquivando las almohadas que volaban por la habitación... y me di cuenta de que adoraba a aquel chico; me había robado el corazón.

Sin duda alguna había sido una noche perfecta, pero tenía que espabilar, era miércoles y estaban a punto de dar las siete y media de la mañana. Debía dirigirme a *Maze News* a trabajar... decidí que primero me pasaría por Sweet Café, ¡hubiera matado por mi doble expreso con leche condensada!

3



Meritxell

Aquellas fotos me daban auténtico pavor, el muy depravado dejaba marcas de mordiscos, algunas demasiado ensangrentadas, en sus víctimas. Casi como queriendo dibujar algo en aquellas pieles inocentes. No concebía cómo era posible que no hubieran localizado al causante de aquellas tres horribles muertes. Yo no entendía mucho de asesinatos, en realidad odiaba todo lo que tenía que ver con aquello, pero había visto como doscientos capítulos de CSI, y sabía que entre muestras de ADN, fibras y huellas, Grissom cazaría a ese psicópata en menos que canta un gallo. Sin embargo, ese tipo había logrado ser invisible a los ojos de la policía.

Deseaba ayudar, que mi publicación detectara algo de lo que la policía no se hubiera percatado. ¿Cómo podía hacerlo si aquellas terribles imágenes me daban pánico? Miré una vez más a la chica pelirroja de la foto, Marisol Domínguez. Apenas llegaba a los veinticinco años, no era más que una cría. No cabía un mordisco más en sus hombros y en sus brazos. Al pasar a la siguiente foto me deprimí aún más ya que Bibiana Cárdenes acababa de cumplir diecisiete.

Cerré el dossier de golpe al sentir que el vello se me ponía de punta y me decidí a hablar con mi jefe sobre lo incómoda

que me sentía con este tipo de publicaciones. Me imponían demasiado respeto. Sabía que él me había otorgado este puesto como un premio y que confiaba en mí... pero simplemente no podía.

Toqué débilmente la puerta de su despacho, las manos ya se me llenaban de sudor frío. Había considerado que sería bueno llevarle un café, así que pasé por la máquina expendedora. No es que fueran la bomba, pero eran bebibles y, sobre todo, suponía un gesto amable por mi parte para poder romper el hielo.

Oí refunfuñar algo al otro lado de la puerta que no entendí, pero me aventuré a pasar antes de que aquel café se enfriase y tuviera que tirarlo por el retrete.

—Señor Suárez, ¿tiene un minuto?

—Adelante, señora Borges, tome asiento —dijo mirando con cierto pánico aquel café que le traía—. ¿A qué debo su amabilidad? —dijo, cogiendo el vaso que le extendía.

Conocía a mi jefe desde hacía muchos años, pero siempre habíamos tenido un trato cordial y respetuoso. Excepto en una cena de Navidad, en la que ambos tomamos varias copas de vino y nos pusimos a hablar como si fuésemos amigos de toda la vida. Al día siguiente, ambos seguimos relacionándonos de un modo formal, tal y como lo habíamos hecho siempre.

Miguel Suárez era un hombre encantador; al principio de conocerlo, le veía sonreír más, pero el volumen de trabajo que alcanzaba en estos momentos *Maze News* no le dejaba apenas tiempo de respirar. Hacía como dos años se había divorciado de su esposa, y desde entonces sólo la veía cuando iba a buscar a Marta, su pequeña de cuatro años.

—Señor Suárez, quería comentarle algo acerca del reportaje que me ha encomendado.

—¡Ah! Es eso. Señora Borges, no olvide que necesito un adelanto en menos de una hora para poder sacarlo en la tirada digital. He de revisar todo este papeleo y...

Empezaron a sonar su teléfono móvil y el fijo al mismo tiempo, interrumpiendo nuestra conversación y disipando cualquier mínima esperanza de que me escuchara. Miré cual pasmarote cómo contestaba a ambos a la vez, intentando

mantener la conversación con las dos personas. Dos conversaciones que, seguro, no me incumbía escuchar.

—Vengo después —dije, haciéndole señas al mismo tiempo que me levantaba. Las piernas me flaqueaban. No iba a tener otra oportunidad de decirle lo que pensaba.

—Espere un segundo, no se mueva de ahí —me ordenó.

Asentí. Estaba escuchando demasiado... parecía enojado con alguien que tras su teléfono fijo pretendía que publicáramos una disculpa, Dios sabe por qué, a lo que él se negaba rotundamente defendiendo la veracidad de la información conseguida por su equipo. Tomó el segundo aparato, que pareció enfadarle aún más pues pretendían que dejara pasar de largo algo sobre alguien a quien mi jefe llamó: «tú ya sabes quién».

¡No debía enterarme de todo esto! Me puse a sintonizar en mi mente alguna canción que me supiera, pero sólo se me ocurría una muy melancólica que había escuchado mil veces días atrás tras una tonta discusión con Víctor y con la cual no podía parar de llorar. Así que cuando iba por la segunda estrofa, debido a los nervios y a la canción en sí, se me formó un nudo en la garganta. Mi jefe no paraba de parlotear por un teléfono y por el otro.

—Lo siento, señor Suárez. No quiero robarle más tiempo y debo avanzar en mi reportaje.

Tapó el auricular del aparato que tenía ahora junto a la boca.

—Discúlpeme, vuelva al trabajo. Le prometo que la escucharé más adelante, están a punto de volverme loco.

«¡Ya está!», pensé, toda esperanza de renunciar a aquello había desaparecido. Todavía no había escrito nada, salvo algunas frases en un folio en sucio tras observar aquellas macabras fotografías del escenario que la policía había pasado a la prensa, así que debía ponerme manos a la obra.

*

Al acercarme a mi mesa, aquella oficina me pareció realmente un manicomio. ¡No podía concentrarme de esa forma! Cogí el archivo del caso, mi portátil y una botella de agua y me dirigí al sótano, donde no había más que polvo y documentos viejos. Allí podría pensar.

Me senté en el suelo, a riesgo de manchar mi vestido gris, y me descalcé los taconazos para poder cruzar las piernas a gusto. Coloqué el portátil con un documento en Word abierto y me dispuse a teclear algo decente que pudiera dar a mi jefe como adelanto al gran reportaje que en apenas unos días tendría que publicar.

Tras media hora quedó algo así:

EL ASESINO DEL MORDISCO

Los crímenes que han tenido lugar en el último mes, a manos presuntamente del mismo autor, nos demuestran que un sádico, sediento de muerte y sangre, anda suelto.

Los cadáveres se han descubierto en lugares públicos pero algo apartados, las tres chicas cuyas vidas arrebató fueron violadas, torturadas y estranguladas, dejando en sus cuerpos marcas muy similares. En las tres, los mordiscos por todo o parte de su cuerpo son evidentes, como una «firma» que su autor dejó en ellas. No se ha podido detectar ADN, ya que las muestras de saliva recogidas parecen haber sido rociadas con hipoclorito sódico (lejía), lo que altera la secuencia del ADN, es decir, imposible averiguar a quién pertenece. Tampoco se han obtenido restos de semen, por lo que se deduce que ha utilizado preservativo en sus ataques.

Criminólogos y policía científica se han reunido estos días para intentar trazar un perfil del asesino después de un exhaustivo análisis de los lugares donde fueron halladas las víctimas, ya que muchos aspectos de la conducta y personalidad de este hombre pueden quedar sellados en cada uno de estos escenarios.

Nos anuncia el inspector Alvarado, responsable de la Comisaría de San Antonio: «Podemos encontrarnos ante un psicópata peligroso, una persona manipuladora y fría, que no es consciente de sus actos, el bien y el mal no están diferenciados para él. Un tipo para el cual estas jóvenes no son más que simples objetos, un conducto para conseguir sus metas. Según su psique, su actitud es completamente lógica, aunque vista desde fuera no sea más que una locura para el resto de las personas. Los expertos no se ponen de acuerdo, pero la mayoría piensa que los individuos con este tipo de actitudes nunca se curan, ya que carecen

por completo de conciencia, no tienen miedo a nada. En definitiva, se trata de un depredador social satisfaciendo sus propias necesidades inmediatas sin tener en cuenta las consecuencias».

El resultado del perfil dictamina que estamos ante un hombre de raza blanca, cuya edad ronda entre veinticinco y treinta y cinco años. Como se señala anteriormente, es un rasgo importante que es un gran manipulador, suele conseguir sus objetivos, que se vuelven un simple juego para «entrenarse».

Por el momento, la policía cree que sus víctimas son elegidas con antelación, quizá las observe durante un par de días para hacerse una idea de sus costumbres. No se descarta que las chicas conocieran a su atacante y realmente no estuvieran solas, sino que se hubieran citado con él. A primera vista parecerá una persona completamente normal, agradable, amable, dispuesta, con buena presencia. Alguien organizado, eficaz y resolutivo en su trabajo.

Este peculiar psicópata se considera muy peligroso. Aún se desconoce la relación entre las víctimas, por lo que se alerta a todas las mujeres de entre diecisiete y treinta y cinco años que vivan en esta ciudad, guarden especial cuidado de quedarse solas o con desconocidos en la noche.

Informa: Meritxell Borges. *Maze News*.

Era más que suficiente para el avance digital, y definitivamente no quería escribir más sobre el tema. Le eché un último vistazo, antes de darle a la opción «enviar» en el correo electrónico. Suspiré y levanté la cabeza, encontrándome con unos jóvenes ojos que me observaban con curiosidad.

¡Estaba completamente despatarrada en el suelo! Me puse en pie de un brinco y me subí a mis tacones, después de colocar el portátil en el suelo.

—Ho... hola, dis... dis... disculpa, no sabía que había alguien aquí abajo. —Juraría que había tartamudeado.

—Hola —dijo un tímido y sonriente muchacho que se acercaba para darme la mano—. Me llamo Jordi, llevo una semana trabajando aquí. Mi primera «labor» es poner en orden este pequeño desastre y digitalizar todos aquellos archivos —dijo señalando dos pilas de metro y medio de papeles.

—Uf, mucha suerte entonces. —Le tendí yo también la mano y le sonreí—. ¿Llevas aquí todo el tiempo? No te vi cuando llegué.

—Sí. Te vi entrar y sentarte en el suelo. Supuse que si habías decidido bajar a esta especie de mazmorra es que necesitabas algo de silencio, así que decidí no interrumpirte.

—Gracias. —Me ruboricé. ¿Cuánto habría visto en mi despachar?—. Yo me llamo Merixell, y ahora mismo trabajo para la sección de sucesos cubriendo un triple homicidio, aunque bien me gustaría poder estar donde me encontraba hace un año. Entonces me dedicaba al departamento de Eventos y escribía sobre cualquier fiesta o inauguración que hubiese en el país... al menos eso me dejaba dormir —dije refunfuñando, más para mí que para él.

No había mucha luz en aquel sótano, pero pude distinguir unos enormes ojos azules que me miraban con curiosidad.

Volví a sonreírle y recogí todos mis trastos antes de subir escaleras arriba. Él vino detrás de mí, hablándome por el camino como si me conociese de toda la vida. Ariadna me miró mientras su boca se abría prácticamente hasta el suelo. Se acercó donde yo estaba y, sonriendo a Jordi, me arrastró del brazo hasta el office.

—¡¡Se puede saber qué hacías en el sótano con Jordi!!

—¿Habías visto antes a Jordi? ¿Pero yo en qué mundo vivo? Acabo de conocerlo.

—Sí, ya veo que lo has conocido en profundidad —dijo sacudiendo mi vestido, a la altura del trasero, donde se había quedado un cerco lleno de polvo—. Yo apenas he cruzado un «hola» y un «adiós» con él y tú pareces habértelo pasado muy bien ahí abajo.

—¡Por Dios, Ariadna! ¿Cómo puedes pensar eso? ¡No es más que un crío! Bajé al sótano a escribir mi reportaje para la tirada digital, no podía concentrarme con esta algarabía de aquí arriba.

Me miró incrédula.

—Vamos, ¿por qué no me acompañas? He de ir a visitar al inspector Alvarado, debo estar en su despacho dentro de cuarenta minutos exactamente —le rogué a mi amiga.

—No puedo, cielo. Debo dirigirme a mi entrevista con Yago Rey, ya sabes, me va a pasar información sobre la amenaza de bomba del metro que hubo ayer. Espero que con esto me pasen de una vez a sucesos.

—¡Te regalo este puesto, no tiene nada de bueno! Yo preferiría cubrir el preestreno de un film, o una gran obra de teatro con algún famoso. ¡Esto es un rollo!

—Si quieres puedo acompañarte yo. —Oí una voz varonil que me sonaba de algo. Me giré y ahí estaba Jordi, sonriente.

—Ay sí, Jordi, acompaña la tú o se echará a temblar desde que entre en el despacho del inspector. Entre tú y yo, realmente odia la comisaría. Le da pesadillas.

—¡Ariadna! ¿Podrías dejar de despotricar sobre mí? Estoy justo aquí, ¿recuerdas? —dije dándole un codazo—. Pensé que tenías que digitalizar dos toneladas de papeles. —Me dirigí esta vez a aquellos ojos azules, permitiéndome echarle un vistazo rápido al resto de aquel cuerpo... ¿qué edad podía tener aquel chico? ¿Veintiséis? ¿Veintisiete?

—Bueno, el señor Suárez me encomendó que ayudase en todo lo que pudiera el primer mes, que era importante el asunto del archivo pero que valoraría mi disposición a colaborar con mis compañeros.

Lo miré incrédula, ¿qué pensaría Miguel si dejara que un críajo metiese las narices en un caso tan importante?

—No sé, Jordi...

—Prometo que no te molestaré. Cargaré con el portátil y escribiré lo que me digas, puedo llevar la cámara de fotos si fuera necesario, se me da bien.

¿Por qué tenía que hacer yo de niñera? Refunfuñé y finalmente acepté, lo que me vino divinamente porque odiaba conducir por la ciudad a esas horas del medio día y no pensaba sacar mi BMW de su aparcamiento.

Me subí en el Toyota Aygo color negro de mi nuevo compañero y abrí mi portátil. Podía aprovechar los cuarenta minutos del trayecto para darle un adelanto al reportaje. Debía encontrar entre todos aquellos archivos alguna foto poco ofensiva y macabra, tarea ardua teniendo en cuenta el material del que disponía en estos momentos.

Por alguna razón, aquel chaval creyó que lo escucharía por el camino y no dejaba de hablar, así que a los diez minutos desistí y cerré el PC.

—Terminé hace alrededor de cinco o seis años la carrera, pero no he hecho más que tontear. Hice con algunos amigos una revista alternativa, pero me aburrí... me apetece centrarme en algo más... adulto.

—¿Y se puede saber qué añitos tienes? Si no es inconveniente —lo interrumpí, me picaba la curiosidad.

—Bueno, tengo treinta y dos añitos.

—¿En serio?

—Sí, ya sé que tengo cara de crío, pero no lo soy —dijo refunfuñando—. Todo el mundo me toma por el pito del sereno debido a mi cara angelical.

Sonrió y me guiñó un ojo. ¡Era mayor que yo! Ahora me sentía algo estúpida por creer que hacía de niñera. Aunque, bien pensado, yo era más adulta que él, o al menos eso parecía. Llevaba ocho años trabajando en aquel periódico. Había empezado como becaria, sacando fotocopias y transcribiendo textos al ordenador, lo que me había ayudado a mejorar tremendamente mi mecanografía y a financiarme la carrera. Poco a poco fui mereciendo puestos mejores, hasta que caí en sucesos.

4



Ariadna

Sabía que Meritxell estaba muy incómoda con el reportaje, pero si la acompañaba no podría ayudarla. Víctor me había llamado después de mi «pelea de almohadas» con Gonzalo aquella mañana. Estaba muy preocupado.

—Por favor Ariadna, intenta hacer entrar en razón a Meritxell. Debe hablar con vuestro jefe y pedir que la restituya a su antiguo puesto. ¡Por Dios! ¡Que me devuelva a mi esposa! No hace más que pasearse por la casa, pensativa, turbada. No duerme...

—Pero yo no puedo hacer nada, Víctor. Es ella quien debe afrontar la situación, hablar con Miguel o darse cuenta de que está teniendo una gran oportunidad.

—Por favor, no me hagas rogártelo, habla con ella, ayúdame, a mí no me hace caso.

Suspiré y acepté, y ahora estaba allí, frente al despacho de Miguel. Hacía cerca de una hora que había visto a Meritxell intentar hablar con él y sabía, por su expresión cuando salió, que le había resultado imposible. Así que, aunque procuraba cruzar el mínimo de palabras con él después de su divorcio, le eché valor, por mi amiga.

Llamé a su puerta y le oí darme paso, respiré hondo antes de pasar.

—Hola Miguel, ¿podemos hablar?

—Hola preciosa, pasa, siéntate.

Cerré tras de mí e intenté controlarme para no perder la compostura.

—¿Cómo estás, Miguel?

—Bien, lo voy llevando. Este maldito trasto no deja de sonar —dijo señalando el teléfono—. Y bueno, ya sabes, apenas tengo tiempo para ver a Marta, pero supongo que no has venido para oír mis lamentos.

Volví a respirar hondo. No me gustaba mantener un tono tan informal en el trabajo, pero ¿qué podía esperar después de un año acostándonos juntos? Su mujer nos descubrió y le pidió el divorcio en el acto. Gracias a Dios habíamos logrado mantener en secreto todo el lío.

—Miguel, sé que no debo inmiscuirme en esto, pero es que estoy muy preocupada por Meritxell.

—¿Meritxell? ¿Le ha ocurrido algo? Acabo de verla hace un rato.

—No, no. No es eso. Lo que pasa es que ella te tiene muchísimo respeto y admiración. Odia el caso que le has dado y ha intentado decírtelo.

Miguel sonrió.

—Es toda una profesional.

—Deberías apartarla.

—Lo siento, Ariadna, pero no puedo. Este caso es crucial para su carrera, será duro para ella pero lo afrontará, ya lo verás, y hará un gran trabajo. Confío plenamente en ella.

—Pero ella quiere volver a eventos, cosa que no entiendo... ¡Es siempre lo mismo! Yo daría lo que fuera por llevar un caso de verdad.

—Lo sé, Ariadna. Tiempo al tiempo.

—¿Podría echarle una mano?

—Prefiero que no, deja que se las arregle sola si es posible —me sugirió mi jefe y ex amante.

—No para de pedirme ayuda, está molesta porque no le presto la menor atención.

—No importa, Ariadna, mantente al margen. —Se me desvaneció la esperanza. En cierta forma había anhelado que el que

Meritxell odiara su nuevo puesto de trabajo pudiera beneficiarme a mí si Miguel me dejaba demostrarle que yo servía para esto.

—Muy bien —dije en un susurro.

Me quedé un rato observándolo, parecía haber envejecido durante los últimos meses. Tenía cuarenta y un años y su pelo era en un setenta por ciento de color plateado, ya nada quedaba del castaño que antaño lucía su cabello. Unas tremendas bolsas se habían asentado bajo aquellos ojos color avellana que un día me resultaron irresistibles. Sus labios parecían más apretados que de costumbre y podía entrever una arruga en su entrecejo, que no había desaparecido de ahí en el último año, como si siempre estuviera enfadado o preocupado. Estaba muy delgado, aunque siempre venía perfectamente afeitado, peinado y bien vestido al trabajo.

—¿Quieres trabajar en sucesos? —dijo, acomodándose contra el respaldo de su silla.

—Sí, bueno, estaría bien investigar algún homicidio si es posible. —Casi le rogué con la mirada.

—¿Y no tiene nada que ver con que antes trabajarais juntas y ahora cada una esté en un departamento diferente?

—Miguel, no me estás escuchando. Meritxell no quiere estar ahí, quiere volver a su antiguo puesto.

—Ariadna, te voy a dar una oportunidad. No tiene nada que ver con que tú y yo nos llevemos bien, sé que eres una gran periodista en potencia y que lograrás todo lo que te propongas. Acaban de pasarme un caso, aún está bajo secreto de sumario, pero tengo un contacto... —Los ojos se me abrieron como platos—. Es sobre un violador, tengo en esta carpeta lo poco que me han pasado. Por el momento no podemos sacar información, pero quiero que investigues. Cuando se levante el secreto de sumario seremos los primeros en informar, ¿te interesa?

—¡¡Bromeas!! ¡Alucinante!

—Por favor, Ariadna, te ruego la mayor discreción. Si esto sale de estas cuatro paredes, tienes el despido asegurado. No me quedará más remedio porque mi cuello rodará junto al tuyo. —Asentí—. Es algo que guardaba para mí mismo, quería

intentar investigarlo yo como en los viejos tiempos, pero ya ves que, por mucho que quiera, no puedo moverme de este despacho.

—¿Por dónde debo empezar?

—Aquí tienes todo lo necesario para comenzar la investigación, te mantendré informada sobre cualquier novedad.

—¡Gracias! ¡Muchas gracias, Miguel! Gracias por confiar en mí y darme esta oportunidad.

—De nada, cielo.

Se me evaporó la sonrisa. Me daba pena pensar que él todavía sentía algo por mí, cuando todo rastro de algo que creí amor en un pasado se había desvanecido con sus ofensas cuando su mujer nos descubrió. Él intentó retroceder, pedirme disculpas, pero estuvo dos meses insultándome y tratándome como una basura que hubiera jodido toda su vida, como si yo hubiese puesto una pistola en su sien para obligarlo a meterse bajo mis sábanas.

—Sé... sé que se te hace duro verme cada día... bueno, ya sabes. Supongo que lo que más te apetece es deshacerte de mí.

—No fue tu culpa, sólo mía... la verdad, Ariadna, no me apetece hablar de ese tema.

—Muy bien, no te arrepentirás de darme esta oportunidad.

—Eso espero.

5



Meritxell

Como siempre, se me hacía tarde. Ese condenado despertador podía sonar tantas veces como quisiera que, si estaba cansada, no lo oía. Me levanté de mal humor, corriendo a la ducha, y obvié mi desayuno y mi parada matutina en Sweet Café. Miguel ya me había llamado la atención respecto al poco material que tenía preparado, y aunque Jordi había supuesto una gran ayuda no lograba encauzar este dichoso reportaje.

Entré por la puerta de la oficina y creí que me salían rayos de la cabeza, hasta que vi acercarse una gran sonrisa de ojos azules con lo que parecía un café tamaño «súper».

—Capuchino doble, como a ti te gusta. —Me guiñó un ojo, mientras echaba hacia atrás un mechón de su pelo rubio oscuro que había caído sobre su frente.

—Buenos días, Jordi. —Le ofrecí una tímida sonrisa, mientras miraba incrédula mi salvación—. ¿Pero cómo sabes tú eso?

—Soy periodista, ¿recuerdas? Que no me permitan realizar otra función que no sea pasar horas ordenando ese archivo del infierno —dijo bajando el tono de voz, señalando hacia la puerta del sótano, y yo sonreí de nuevo— no quiere decir que no sepa llevar a cabo mi profesión.

—Gracias, eres un cielo. —Casi le arrebaté aquel tremendo vaso, hummm... Parecía de Sweet Café. Era mi favorito, sin duda.

Me besó en la mejilla y empezó a parlotear sobre unas fotografías que había examinado y que pensó que no eran aconsejables para incluir en el especial que saldría en apenas dos días, eran macabras y no aportaban nada al caso. Miguel me había dado libertad a la hora de plantear como yo quisiera el reportaje, que de pronto se había convertido en un especial que ocupaba seis páginas completas. ¡Seis páginas informando sobre un asesinato en serie que me daba pánico!

Me senté delante del ordenador y empecé a buscar información acerca de las víctimas. Comparando los datos que el inspector Alvarado me había facilitado, las horas volaban y yo seguía en blanco.

Me acerqué a mi amiga, que andaba con el móvil en la mano, concentrada en parecer dulce y lograr captar algo de información... le hice señas y me guiñó un ojo e hizo un gesto con el dedo para que la esperara durante «un segundo», que seguramente se convertiría en quince minutos. No paraba de soltar risitas y pestañeaba demasiado, como si su interlocutor pudiese verla.

—Ariadna... —Ni caso—. Ariadna, por favor... —Más risitas y pestañeos—. Ariadna, necesito tu ayuda...

—Ahora no puedo, preciosa, luego te atiendo —me susurró tapando el auricular del teléfono.

Jordi soltó una caja de lo que parecían papeles más viejos aún que yo, se sacudió la ropa y vino hasta mí.

—Eh, princesa, ¿puedo ayudarte?

—Pues la verdad, Jordi, necesito que alguien me eche una mano con el texto antes de enviárselo a Miguel, y parece que esta arpía de tres al cuarto no piensa ayudarme —dije esto último elevando un poco la voz para que me oyese Ariadna, que pareció no darse por aludida.

La oficina estaba realmente alborotada, los teléfonos no paraban de sonar y todo el mundo hablaba, reía, gritaba... ¡así no había forma! ¡Esto era el colmo! Aquello se había convertido en una especie de guardería.

Vi a Miguel, que pasaba delante de mí en compañía de su secretaria. Parecía estar dictándole algo.

—Señor Suárez, necesito hablar con usted. —Le paré en medio del pasillo y ataqué por banda.

—Buenos días, señora Borges, ¿en qué puedo ayudarla?

—Señor Suárez, esto es una locura, necesito un despacho o una sala donde pensar.

—Lo siento, tengo algo de prisa señora Borges —dijo guiñándome un ojo, ¿por qué todo el mundo pensaba que podía librarse de mí de esa forma?

—Pero... ¡no voy a poder hacer un buen reportaje con todo este escándalo!

—Confío en usted. Si lo necesita, puede usar mi despacho después de las siete de la tarde, hoy tengo que irme pronto.

¡¡Después de las siete!! Asentí en silencio y él le pidió a su secretaria que me facilitara una copia de la llave del despacho. Sonreí hasta que se hubo alejado lo suficiente y refunfuñé algo. Oí una risilla y estuve a punto de exterminar a Jordi con la mirada.

—No te preocupes, yo me quedaré contigo a terminar ese artículo que te tiene todo el tiempo de mal humor.

Miré el reloj y apenas marcaba las cuatro de la tarde, me quedaban tres horas para lograr mi tranquilidad.

—Te invito a tomar algo en Sweet Café, ¿te apetece? —dije a Jordi, que me miró algo incrédulo.

—No creo que al jefe le guste que me ausente de mi trabajo en horario de oficina.

—Jordi, por favor, necesito salir de aquí. Al fin y al cabo vamos a hacer horas extra.

Conseguí que aceptara y, por alguna extraña razón, a la segunda copa de vino Jordi me empezó a parecer realmente seductor.

6



Ariadna

¡Era la oportunidad de mi vida! Lo primero que hice al salir del despacho de Miguel fue llamar a Gonzalo y contárselo, aunque no entendía esa necesidad que sentía de informarle, no era más que un chico con el que me acostaba, no éramos amigos, ni novios, ni nada parecido.

Su voz siempre seductora al otro lado del teléfono me hizo sonreír.

—Gonzalo Jiménez al habla, si eres una hermosa mujer de ricitos rubios y ojos verdes, soy todo tuyo, si no, no puedo atenderte.

Me provocó una risotada, aun sabiendo que él había conocido mi número de teléfono y que por eso me había soltado tal parrufada.

—¡¡Cielo, me han dado una oportunidad en homicidios!!

—¿Homicidios? —Sonó sorprendido—. ¿Eres una especie de agente de policía o algo así?

Ahora sí que reí a carcajadas. Gonzalo y yo apenas habíamos hablado de las cosas normales de las que suelen hablar las parejas. Sólo le había contado algunos detalles de mi niñez y recordaba haber nombrado el instituto. A decir verdad, sabía que él trabajaba en una oficina, pero tampoco tenía ni idea de cuál era su labor.

—Cielo, soy periodista.

—¡Dios mío! ¡Me he enamorado de una periodista!

Me sorprendí y me sonrojé...

—¿Por qué no te invito a una copa de vino luego para celebrarlo? Así podré contarte algo más de mi vida.

—Hecho, te recojo a las tres en el trabajo.

—No, no... déjame un rato para poder terminar mi reportaje de hoy. ¿Me recoges a las siete en casa?

—Perfecto.

Colgué con la sonrisa en la boca, hoy era sin duda el día más feliz de mi vida. No podía contar a nadie aspectos sobre el caso que Miguel me había agenciado, además poco podía decir aunque quisiera, puesto que ni siquiera había visto los documentos que me había pasado, pero a nadie haría daño que lo compartiese con Gonzalo. Al fin y al cabo tenía que alejarme un poco de Meritxell, por respeto a la orden de mi jefe. Estaba segura de que estaba muy enfadada conmigo, pero ¿qué podía hacer? Sabía que Miguel tenía razón, no debía inmiscuirme en todo aquello, ella haría un gran trabajo.

Llegué a casa y me senté frente al portátil para acabar el artículo que tenía que presentar antes de las seis de la tarde. La noche anterior tuve que ir a una aburrida fiesta de famosos sobre la presentación de una nueva colección de ropa interior que una de esas actrices, que se creía el ombligo del mundo, había lanzado al mercado. No era mucho, apenas un par de columnas y como dos fotos de algunos de los modelitos que la susodicha presentaba, así como algunas imágenes de los «famosos más famosos» que acudieron a la cita. Esto me aburría tremendamente, llevaba tres años haciendo exactamente lo mismo. No podía comprender cómo una periodista tan buena como Meritxell ansiaba quedarse estancada en un puestucho como este en el que nunca pasaba nada interesante.

Como siempre, terminé el reportaje y, sin duda alguna, parecía que me hubiese divertido en aquel muermo de presentación. Era mucho más espectacular a través de mis crónicas que en directo... al fin y al cabo ese era mi trabajo.

Estaba deseando poder hincarle el diente al caso del violador que Miguel me había cedido. Sabía que lo hacía porque veía la

ansiedad en mis ojos por triunfar, por llegar a alcanzar un puesto en el departamento de sucesos de nuestro periódico y porque él me quería tanto como al principio.

Hacía dos años que, un día, me crucé con Miguel. Era tarde, no había nadie en la oficina. Yo acababa de salir de una de esas primeras fiestas que empecé a cubrir después de estar un escaso año sacando fotocopias y transcribiendo textos, todo un logro teniendo en cuenta que la media era de unos tres años así. Supongo que Miguel supo ver mi potencial, o simplemente le caí en gracia y me puso a trabajar con una de sus mejores reporteras, Meritxell. Ya la conocía de la facultad, pero nunca mantuvimos una amistad tan fuerte como cuando entré a trabajar en *Maze News*, nos volvimos uña y carne.

Había empezado en el periódico después de estar algunos años haciendo el tonto y dedicándome a absolutamente nada. Habían pasado ya tres años, hasta que un día Miguel me contrató.

Él me pareció desde el primer momento un hombre interesante, siempre me trataba con cierto protocolo y a mí me hacía gracia que con apenas veintiséis años me tratase de «señorita Betancor». Y así siguió llamándome hasta que un año más tarde hablamos esa noche en la oficina.

Él se dirigió a la máquina de café y me trajo un asqueroso y repugnante cortado, que tragué por agradecimiento y respeto pero con el que casi vomito, aun después de tener el estómago algo revuelto por un par de copas que me había tomado después de aquella fiesta. Cuando empecé a perder el «tino», decidí que sería mejor pasar por la oficina y dejar todo el material de esa noche allí. No podía permitir que se me estropearan o perdieran las fotografías, las notas y grabaciones de voz que había tomado. Y allí estaba, frente a mi jefe, medio «contenta».

Me fijé en su sonrisa de medio lado y me pareció realmente sexi. Fue cuando Miguel se convirtió en mi presa, y yo me transformé en todo sonrisas y desparpajo. Decidí desabrochar un botón de mi camisa para liberar un poco el calor que sentía y dejar entrever algo que sabía volvía loco a cualquier hombre.

Después de aquella noche encima de la mesa de su despacho, puedo decir que pasé de ser «señorita Betancor» a ser

simplemente Ariadna, o cielo, o preciosa... Pasé mucho tiempo haciendo «horas extra» a ojos de Meritxell, que intentaba quedarse conmigo todo el tiempo que podía para ayudarme, sin darse cuenta de que lo que quería realmente era quedarme sola en aquella oficina, para que Miguel pudiese venir con dos copas y una botella de vino a besarme y a ofrecerme sus años de experiencia sexual en variadas posturas y circunstancias.

Durante los siguientes meses, pensé que me había enamorado de él. Pero la historia de mi vida: era un amor imposible. No sólo estaba casado hacía casi siete años con Carmen, sino que tenía una pequeñaja preciosa, que apenas tenía un año, llamada Marta. Hoy pensaba en cómo seduje a aquel hombre y los remordimientos inundaban mi conciencia, aquella pequeña se quedó sin tener a su papá al lado por mi culpa.

Miguel siempre fue sincero conmigo, y aunque sabía que me tenía cierto cariño, me aseguró estar completamente enamorado de Carmen. Me dijo que sabía que en algún momento lo nuestro tendría que terminar para intentar seducir de nuevo a su esposa, la cual después de dar a luz a la pequeña Marta se había vuelto todo histerismo y distanciamiento.

Casi un año después de nuestro primer encuentro, una noche Carmen se presentó en la oficina. Eran cerca de las once y Miguel y yo nos encontrábamos en pleno *office*, con las lenguas entrelazadas. Carmen tenía a la pequeña en brazos, completamente colorada, con treinta y nueve de fiebre, ella temblaba tanto como la niña.

Carmen se quedó petrificada, mirando hacia nosotros, y en un instante sentí cómo se caía la Tierra sobre mi cabeza. Pude ver las lágrimas en sus ojos segundos antes de que saliera corriendo escaleras abajo. Fue la última vez que Miguel y yo nos besamos, fue la última vez que sentí que lo quise y me prometí que era la última vez que me enamoraría de un hombre.

Miguel me odió en un principio, Carmen no le dio oportunidad de explicarse, ni de volver a conquistarla, ni de nada que no fuese ver a su hija estrictamente cuando el juez había dictaminado tras el divorcio. Pero él y yo seguimos trabajando juntos y un día nos acostumbramos a vernos por los pasillos de *Maze News*.

Sabía que no tenía la experiencia suficiente para esta oportunidad que él me había dado, pero aun así estaba dispuesta a luchar, yo podía hacerlo, estaba segura. Me tomaría esta noche de refuerzo y descanso, mañana echaría un ligero vistazo a la documentación que Miguel me había dado y, sin duda alguna, haría el mejor reportaje que había imaginado en toda mi vida.